

Secretariados en todas las diócesis de España; mas, para entonces, las campañas benéficas de la organización habían ya alcanzado envergadura y resonancia importante. Desde 1951 había comenzado a servir de cauce para distribuir la Ayuda Social Americana, enviada por la *National Catholic Welfare Conference* de los Estados Unidos; las "Tómbolas" de la Caridad eran ya una atracción habitual en las fiestas locales de las principales ciudades... En el mismo año 1953, el Secretariado en cuestión pasó a llamarse sencillamente *Cáritas*, que iba enseguida a convertirse en una institución sumamente eficaz y familiar en la vida de muchos españoles.

A una primera etapa centrada sobre todo en la beneficencia, siguió en su historia una segunda fase caracterizada por una mayor preocupación prospectiva, de la que fue pieza fundamental el Centro de Estudios de Sociología Aplicada (CESA) que se constituyó en 1958 y pasó a dirigir el sociólogo Rogelio Duocastella. Se trataba, con sus palabras, de pasar de llevar a cabo una "acción benéfica" a efectuar una "acción social". Se concretaría ante todo en la elaboración, desde 1962, del llamado *Plan C.C.B.*, estructurado en seis sectores (Alimentación, Sanidad, Instrucción, Vivienda, Trabajo y Comunicación Social), un enorme esfuerzo de estudio e información con cuyo impulso se abriría *Cáritas* hacia 1970 a una tercera etapa en la que asimiló la problemática común a los apostolados seculares. Se planteaba ahora la disyuntiva de continuar con las actividades "beneficoasistenciales" o de buscar la "promoción social" y al cabo la "transformación de las estructuras". El dilema dividió a los militantes de *Cáritas* y requirió la intervención de la Comisión Episcopal de Acción Caritativa y Social en 1975. En este caso, sin embargo, no hubo hundimiento como lo hubo en Acción Católica, sino recuperación del pulso benéfico que había mantenido *Cáritas* desde su gestación.

VI

Andrés VÁZQUEZ DE PRADA: *El fundador del Opus Dei*, tomo I: *¡Señor, que vea!*, Madrid, Ediciones Rialp, 1997, 638 págs.

José María GARCÍA ESCUDERO: *Mis siete vidas: de las brigadas anarquistas a juez del 23-F*, Barcelona, Planeta, 1995, 512 págs.

Juan Ignacio POVEDA: *Bartolomé Lloréns, una sed de eternidades*, Madrid, Ediciones Rialp, 1997, 203 págs.

Lourdes DÍAZ-TRECHUELO: *A la mitad del camino*, Madrid, Ed. Rialp, 1997, 157 págs.

Joseph RATZINGER: *Mi vida: Recuerdos (1927-1977)*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1997, 133 págs.

La biografía del fundador del Opus Dei que ha escrito Andrés Vázquez de Prada, conocido ya en las lides historiográficas por la biografía de Tomás Moro y otra del propio Josemaría Escrivá, constituye un hito importante en la historiografía relativa al fundador de la Obra, que es ya copiosa. El autor ha empleado todo el fondo constituido para el proceso de beatificación del biografado, quien, por su parte, ya había cuidado de poner por escrito todo lo relativo a su propia vida, incluida la más estricta

concretamente el quehacer literario —periodístico y libresco— del autor va aflorando aquí y allá y sirve especialmente para trazar esa singladura cambiante, que él ha vertido durante años en una bibliografía y una hemerografía ya extensa.

Me sumo, por cierto, a quienes —se desprende de sus líneas— vieron la luz de una interpretación de la historia de España, hoy abandonada, en aquel *De Cánovas a la República*. Uno de mis maestros no sabía qué hacer, allá por los años sesenta, para lograr que abandonara yo las ideas que pudiera haber tomado de la visión de García Escudero. También, ya se ve, causó descontentos al estilo de Gabriel Maura.

El campo memorístico se ha visto enriquecido en los últimos años por una colección nueva, abierta en Ediciones Rialp, con testimonios personales, directos unos, indirectos otros, relacionados varios con personas del Opus Dei. El asunto es interesante porque, dada la naturaleza *ordinaria* del ámbito habitual en que, característicamente, se desenvuelve la vida de la gente de la Obra, el historiador puede hallar dificultad para situarla en la historia viva, la de la Iglesia en particular y la general. A este cronista le ha resultado especialmente atractiva la biografía del incipiente poeta y filólogo que fue Bartolomé Lloréns, recordado sencillamente como *Bartolo* durante mucho tiempo. Sus cartas en el lecho de muerte se difundían, oculta si no clandestinamente, en copias manuscritas, en los ambientes cercanos al Opus Dei de los años cincuenta y sesenta. Valenciano de Catarroja (1922-1946), Bartolo había nacido en una familia modesta con cierta tradición estudiantil y con la ambivalencia típica de tantos hogares españoles de la época: fundada sobre la piedad de la madre y el anticlericalismo del padre. Agnóstico el mismo Lloréns, se convirtió al catolicismo en 1945, de la mano de un dominico, y se incorporó en pocos meses a la Obra, donde vivió una rápida e intensa vida ascética y contemplativa, en una devastadora enfermedad. Escrita por un crítico literario, la biografía rehace el itinerario a la vez poético y religioso del personaje, siguiendo rigurosamente lo primero como expresión de lo segundo, y tiene la impagable merced de no ser apologética, sino una bella página de la historia de un hombre que se movió desde la duda y la sensualidad (que tampoco se oculta) hacia la fe y la contemplación. Resultan demasiado rápidas las páginas dedicadas a sus tiempos anteriores a los estudios universitarios.

Al género memorialista estricto corresponden las páginas de Lourdes Díaz-Trechuelo, la prestigiosa americanista. La autora sigue un hilo cronológico riguroso en la exposición de su vida y da prueba de una memoria envidiable. Esto último convierte el libro en un vivero de noticias que sirven sobre todo para ilustrar lo que ha sido, en los últimos setenta años, la vida de los españoles de clase media alta, más concretamente los relacionados con la enseñanza y, más en concreto aún, los vinculados a la investigación y la universidad. No se piense en grandes teorías sino en pequeñas pero enjundiosas ilustraciones. Es buen testimonio, por ejemplo, del proceso de formación doctrinal de una niña andaluza de las primeras décadas del siglo, basada en el Ripalda y con el respaldo activo de los padres, especialmente de la madre (pág. 21). Se da noticia de que, durante la República, al suprimirse la enseñanza religiosa en todos los colegios, el cardenal Ilundáin, entonces arzobispo de Sevilla, hizo que se organizaran clases de Religión en casas particulares, adonde aflúan los niños, y se explica cómo se hacía (pág.30). El padre de Lourdes Díaz-Trechuelo, con cincuenta años en 1936, se alistó durante la guerra en el requeté sevillano, y cuenta que los veteranos como él